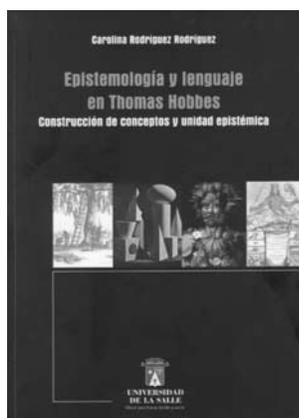


perdiendo la dimensión humana y humanística, en donde no será fácil, aunque tampoco imposible, consolidar una política acodada en tales perspectivas teóricas y prácticas por las que han luchado y discutido los hombres en todas las épocas, en beneficio de la convivencia social de los seres humanos que la multitudinan, tal como lo han demostrado los grandes movimientos sociales y políticos ocurridos en la historia de la humanidad.

ÁLVARO MORALES AGUILAR



Rodríguez Rodríguez, Carolina. ***Epistemología y lenguaje en Thomas Hobbes. Construcción de conceptos y unidad epistémica.*** Bogotá: Ediciones Unisalle, 2008. 252 páginas

Este libro va a deparar una sorpresa al lector, algo poco frecuente en libros de filosofía y decididamente raro cuando se trata de libros escritos en español. En el momento de máxima creatividad del siglo XVII, cuando se configuraron las líneas básicas que iban a determinar el desarrollo de la ciencia y del pensamiento moderno, Hobbes proponía una filosofía primera, cuyo tema central son las reglas del uso del lenguaje en la construcción del conocimiento. Esta filosofía primera debía fundar y ordenar los distintos ámbitos del conocimiento científico. La autora toma en serio esta propuesta y la desarrolla con gran rigor, ofreciendo así un aporte original para un mejor conocimiento de Hobbes y del complejo momento histórico en que le tocó vivir.

Debe quedar muy claro que no se trata de proyectar retrospectivamente sobre un autor del siglo XVII el giro lingüístico del último siglo. Se trata de que

la sensibilidad lingüística de nuestro tiempo nos capacita para identificar y valorar aspectos que ya estaban allí, pero que las interpretaciones habituales desdeñaron o dejaron en segundo plano. Siempre sucede así, pues la historia de la filosofía no habla del pretérito en tanto que puro pasado, sino de aquello que, habiendo acaecido en el pretérito, sobrevive como posibilidad para nuestro presente.

No significa esto que la imagen tradicional y la lectura habitual de Hobbes sean necesariamente falsas ni tampoco que falten razones para apoyarlas; más bien, se trata de una imagen fragmentaria e incompleta, que a la luz de lo aquí expuesto tiene posibilidades de una profunda renovación. Si hiciese ver desde esa imagen habitual el alcance del enfoque aquí desarrollado, la existencia de este prólogo tendría una excusa; nada más que una “excusa”, porque la realidad es que intenta corresponder al generoso afecto de la autora, quien me ofreció unas páginas para abrir este libro, que me siento muy afortunado de presentar porque estoy convencido de que la inesperada madurez de este libro significará la emergencia de una gran figura de la filosofía en el mundo hispánico, si las circunstancias futuras no le son desfavorables.

La idea habitual que se tiene de Hobbes se circunscribe al círculo especializado de la “filosofía política” moderna. Dentro de ese círculo pasa por ser una figura imprescindible, al menos por dos razones: él estableció el orden sistemático que permite encadenar los distintos problemas que caen dentro del área de la filosofía política, orden que sus sucesores convertirán en habitual; en segundo lugar, Hobbes representa, dentro de los modelos modernos de Estado, una opción extrema tan radical que, por ello mismo, es insustituible y su indisimulado absolutismo suscitará hasta hoy mismo una gran cantidad de réplicas.

Es cierto que el autor pensó esa filosofía política como parte de un sistema completo de filosofía y siempre

adujo como argumento a su favor que la doctrina expuesta era fruto de la aplicación del método científico a la solución de los conflictos sociales. Pero la mayoría de los lectores pensaron y piensan que ese recurso científico no pasa de ser una marca de su época que resulta irrelevante para los resultados, los cuales deben ser el objeto directo de enjuiciamiento. Después de todo, este incondicional admirador de la geometría euclidiana no tuvo ningún reparo en anticipar como parte del sistema ya en 1642 *De Cive*, un libro que, según se decía en el mismo título original (*Elementorum Philosophiae Sectio Tertia de Cive*), era la tercera parte de un conjunto sistemático; ello debía significar que esa tercera parte tenía suficiente entidad para valer por sí sola, pues el libro fue reeditado con un nuevo prólogo en 1647 y ya en 1649 aparecía una traducción al francés, antes de la traducción inglesa del propio autor.

Todavía en 1651 se publicaba, esta vez en inglés, *Leviatán*, la que permanecerá como su obra más famosa y su tema central vuelve a ser político, aunque comienza con una primera parte teórica; en cambio, las otras dos partes del sistema latino no aparecieron hasta 1655 (*De Corpore*) y 1657 (*De Homine*). Desde el clásico libro de Tönnies –ya más que centenario y, lo que es más importante, fuertemente condicionado por los ideales imperialistas de la época guillermina, pero todavía reeditado–, se han dado varias explicaciones de este aparente desorden; una de las posibles, que por cierto no era la de Tönnies, sería la prisa de Hobbes por influir directamente en uno de los momentos más turbulentos de la historia de su patria, el que viene marcado por la decapitación del rey Carlos I (1649), el protectorado de Cromwell y que se podría cerrar con la restauración de la monarquía en la persona de Carlos II (1660). Si el propio autor puso su obra al servicio del oportunismo político anteponiendo su eficacia a su orden teórico, no es extraño que los lectores no se preocupen mucho de sus reclamos de científicidad. Salvo si... esa eficacia fuese un componente intrínseco que tiene su lugar propio en el concepto que Hobbes se hizo de lo “científico”.

Es comprensible que en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se fijaron los cánones básicos con los que desde entonces se construyen los relatos de la historia de la filosofía moderna, hubiese escasa sensibilidad para una concepción de la ciencia como la de Hobbes. Su pretendida inspiración en Euclides y en Galileo significaba interpretaciones problemáticas, que caían fuera de la trayectoria rectilínea que, arrancando de Copérnico, parecía que se prolongaría en un progreso indefinido.

Pero esto cambia a partir del siglo XX. Los intentos por encontrar un fundamento definitivo a las matemáticas desembocan en una inesperada crisis de fundamentos y, a partir de Einstein y de Planck, la física está muy lejos de verse a sí misma como el modelo perfecto de una objetividad pura; desde entonces, la gran “revolución científica” del mundo moderno no alterará sus nombres fundamentales, pero ya no se explicará según aquella línea rígida. Es cierto que Galileo marca un paso crucial y tuvo conciencia clara de estar construyendo una “nueva ciencia”, pero puede discutirse en qué residía básicamente esa novedad, no sólo porque sus propios pronunciamientos en diversos lugares admiten interpretaciones distintas, sino porque puede dudarse de si la física que hizo Galileo coincide exactamente con la física que teorizó. Por tanto, en vez de un punto destacado dentro de una trayectoria rectilínea, sería preferible hablar de una onda que se extiende en diversas direcciones, no todas con igual fortuna ni con las mismas posibilidades de futuro.

Si se acepta por un momento la idea de la onda como hipótesis, su centro en la primera mitad del siglo XVII estaría ocupado por el P. M. Mersenne. Se trata de un fraile franciscano que había sido alumno de los jesuitas en La Flèche, dotado de escasa originalidad personal, pero que jugó un papel decisivo como corresponsal e intermediario entre las distintas propuestas que buscaban aprovechar y concretar la novedad de esa ciencia. En esa onda nos encontra-

mos con Hobbes, residente en Francia durante largos períodos y admirador de la nueva concepción científica. Pero esto no significa una simple transposición a su filosofía de las pautas de Galileo, como tantas veces se ha dado a entender, sino una elaboración epistemológica personal que terminó incluyendo una nueva interpretación de la ciencia. Por tanto, al calor de la nueva física, Hobbes elaboró una original teoría del conocimiento, de corte marcadamente fenomenalista, pues según su opinión ese conocimiento lo es siempre de las imágenes existentes en nuestra mente, las cuales sin duda son huellas de las impresiones que produjeron cosas exteriores, sin que necesariamente coincidan con ellas. Como no es posible observar el modo en que se engendran las cosas físicas, su conocimiento sólo es probable, aunque no por ello deja de ser auténtico conocimiento.

Para ir más allá de esa probabilidad sería necesario que nuestra propia mente pudiese construir el objeto, asistiendo así a su formación y generación; dado que Hobbes entiende la razón como una pericia calculadora, eso sólo acontece en la geometría y en el caso del cuerpo artificial que es el Estado. Hobbes ofrece una rara interpretación sensualista de la geometría; tiene la ventaja de entenderla como una ciencia que ofrece conocimiento de las cosas, aunque pagar el precio importante de una desconfianza hacia la abstracción del álgebra y, por tanto, de la geometría analítica.

La idea del Estado como una entidad artificial, en cambio, es específica de la Edad Moderna y permite un nuevo concepto de soberanía. Además, encierra virtualmente consecuencias tan radicales que, a mi modo de ver, el pensamiento moderno no fue nunca capaz de dominarlas. Por tanto, la teoría del conocimiento de Hobbes está incrustada en la constitución del concepto de Estado y nuestro tiempo tiene sensibilidad para apreciar y repensar una teoría probabilista del conocimiento científico, cuya consecuencia es una fuerte limitación de la esfera de lo cognoscible

al ámbito de los cuerpos y también probablemente la necesidad de replantear en su conjunto la doctrina habitual de la verdad.

Ese fuerte constructivismo del conocimiento otorga un papel decisivo al lenguaje. Las palabras no son sólo instrumentos neutros a través de los cuales circulan ideas, sino el factor que unifica las distintas operaciones de la razón. Por ello, Hobbes formula una “filosofía primera”, cuyo tema viene dado por una doctrina general de los signos y las reglas de su uso correcto en la construcción del conocimiento. No falta, como podía esperarse, la típica herencia nominalista con su insistencia en los abusos del lenguaje y su atención a las posibles distorsiones que una utilización inadecuada de las palabras introduce en el conocimiento; de aquí proviene la tesis de que la ausencia de rectas definiciones en el lenguaje de la filosofía genera problemas ficticios que tienen que desvelarse como absurdos. Tampoco nuestro tiempo podía ser insensible al amplio componente pragmático del lenguaje, algo que aleja a Hobbes de cualquier tentación de deducir el mundo desde evidencias absolutas. El análisis del tema, conducido en este libro con tanto esmero como claridad, no puede ser más instructivo.

La autora da cuenta minuciosa de los resultados parciales alcanzados por los estudiosos de Hobbes en la teoría del conocimiento y en la filosofía del lenguaje. Pero piensa que esos dos aspectos parciales no son independientes y busca sintetizarlos en una original epistemología que, en conjunto, es una interpretación de la revolución científica desde parámetros distintos a los que aparecieron como dominantes en el mundo moderno, sin que ello signifique que esa epistemología carezca de dificultades y todavía deja incertidumbres respecto al problema más difícil legado por Galileo: cómo se integran razonamiento y observación o, dicho concisamente, cómo es posible que la nueva ciencia sea “física matemática”.

Aunque el conocimiento quede restringido a los cuerpos, existe una multiplicidad de cuerpos que permite una pluralidad de discursos sin merma de su alcance científico. Por ello, puede asumirse que la política –allí donde el ideal científico de Hobbes tendría su campo más idóneo– abra un amplio espacio para la argumentación retórica. La original propuesta de la autora es que el surgimiento del nuevo concepto de ciencia no apaga de manera inmediata el conjunto de la tradición humanista (el mismísimo Galileo se interesaba por el Dante y por Tasso), sino que se define directamente contra la tradición aristotélica y contra las tentaciones de ocultismo en que había caído el naturalismo platonizante. El carácter convencional de las palabras permite un campo pragmático amplio en el que los recursos retóricos sirven en la construcción del conocimiento científico dentro de la política.

La propuesta parece plausible; además cuenta a su favor con el hecho de la larga formación humanista de Hobbes, quien no en vano había comenzado su carrera literaria traduciendo a Tucídides y también terminará su longeva existencia enfrascado en la traducción de Homero. Esta hipótesis será sometida por la autora a una prueba crucial, desarrollando un análisis fascinante de la metáfora central que es “Leviatán”, centro de una compleja red de significaciones.

Al final, la insistencia de Hobbes en el carácter científico de su pensamiento no es un simple alegato propagandístico, que sería de dudosa efectividad cuando aun no se habían acallado los ecos de la condena de Galileo. Tampoco se reduce al reclamo de un aval externo para enaltecer su valor. Pero de ello no deriva una uniformidad en el tratamiento de la totalidad sistemática, en el sentido de una unidad epistémica fuerte entre lo natural y lo civil, sino una “unidad débil”, unidad que viene asegurada por la universalidad del lenguaje como lugar para la experiencia de los cuerpos, pero que permite y exige lo que quizá podría llamarse un pluralismo epistemológico. Sacar

a la luz el carácter central del lenguaje dentro de la complejidad del pensamiento de Hobbes y encontrar en él un hilo unificador dentro de esa complejidad termina revelándose como el aporte central de este estudio. La autora muestra que la epistemología hobbesiana, puesta en relación con la totalidad del sistema, encierra más complejidad de la que ordinariamente se le atribuye.

La obra que aquí presento debería provocar entre nosotros una profunda revisión de la desgastada imagen de Hobbes. En línea con lo más granado de la investigación internacional y con valiosos aportes originales a los que llega, no conozco ningún estudio que pueda rivalizar con él. Tal revisión no significa necesariamente desplazar el centro de atención lejos del pensamiento político; también los interesados de modo directo en este punto sacarán provecho de la lectura porque, al resaltar las herramientas conceptuales del modo de pensar hobbesiano, es posible otro análisis y valoración crítica del concepto de Estado y de la estructuración de la soberanía.

Estos son algunos aspectos significativos del presente libro. Si un medio filosóficamente tan errático como es el hispanófono no le presta la atención que merece, se habrá perdido una buena ocasión para repasar las visiones anquilosadas de ese agitado siglo XVII en el que, para bien y para mal, se tomaron las decisiones cruciales de las que dependerá toda la filosofía moderna. El perfecto conocimiento de las fuentes que tiene la autora, su estudio reposado de la mejor bibliografía, dan por resultado una obra madura e impecablemente estructurada; la arquitectura interna es de líneas nítidas y se va explicando desde dentro en un hábil proceso ascendente que hace que cada capítulo prepare y exija el siguiente, mediante una exposición clara y fluida.

Hay un cuidado exquisito con la terminología que busca la máxima precisión, sin carecer por ello de cierto brillo literario. La autora se gana desde el

principio la confianza y la complicidad del lector, porque el libro es un ejercicio de insobornable honestidad intelectual. Se marcan explícitamente las opciones adoptadas y se justifican, pero no se ocultan otras distintas ni sus razones, evitando siempre la tentación de caricaturizarlas. Las conclusiones a las que llega son prudentes y, en todo caso, nunca van más allá de lo que se ha demostrado en el texto. Al final, como no podía ser de otra manera, el libro termina abriendo espacios para posibles investigaciones nuevas.

Si el lector comienza a leer el libro y tiene algo de sensibilidad filosófica, lo seguirá hasta el final y, lejos de pensar que puede haber malversado su tiempo,

estará agradecido por lo que le ha enseñado. Si ese lector tiene capacidad e interés, probablemente atisbará nuevos temas que merecerían otra consideración a la luz de las nuevas perspectivas aportadas. Debemos tener un poco de paciencia; la autora es muy joven y aunque se trata de su segundo libro, aún está en los comienzos de su brillante carrera. Esperaremos que continúe su investigación sobre otros temas de la epistemología moderna, pues ya vemos que está sólidamente capacitada para afrontar con éxito nuevos retos teóricos relacionados con su campo de especialidad.

Antonio Pintor-Ramos.
Director Cuadernos Salmantinos de Filosofía,
Universidad Pontificia de Salamanca